Praxis / Vol. 21, No. 2 – 2025 / 286 - 288
DOI: http://dx.doi.org/10.21676/23897856.6597

Editorial

Raíces de autenticidad

Roots of authenticity

Matilde Bolaño-García [1]

Hoy, cuando el ruido mediático parece sustituir la conversación íntima y la exposición constante amenaza con devorar el silencio interior, hablar de autenticidad suena, paradójicamente, a novedad. Hemos avanzado en conectividad, pero retrocedido en conexión. Cada vez tenemos más dispositivos, pero menos diálogo. Más información, pero menos sabiduría. En esta paradoja dolorosa, recuperar el sentido profundo de la vida se convierte no solo en un anhelo existencial, sino en una responsabilidad ética.

Vivimos en un mundo donde las apariencias han desplazado el contenido. La estética digital impone una lógica de perfección que nos obliga a ocultar la herida, el error, la duda. Como advierte Byung-Chul Han (2012), la sociedad del rendimiento ha sustituido el deber por el poder: ya no obedecemos una norma externa, sino una autoexigencia constante de éxito y visibilidad. Pero ese brillo que se busca a toda costa tiene un precio: el abandono del ser.

Las redes sociales, símbolo de nuestra época, no son en sí mismas el problema. Son una herramienta, pero también un espejo. Reflejan nuestros miedos, nuestras carencias, nuestras construcciones de identidad. Como plantea Sherry Turkle (2017), en su estudio sobre la hiperconectividad, hemos aprendido a presentarnos de forma editada, prefiriendo la versión «mejorada» de nosotros mismos a la complejidad real de quienes somos. Y en ese proceso algo esencial se diluye: el derecho a la imperfección, a la pausa, al error.

Cuando las métricas sustituyen a la mirada humana, cuando la validación depende de un «me gusta», se erosiona nuestra capacidad de valorar a los demás por lo que son y no por lo que aparentan. Hemos dejado de mirar con profundidad, de escuchar sin intenciones. El respeto se ha vuelto un acto revolucionario. La empatía, una práctica en extinción. En ese contexto, urge replantear no solo cómo nos relacionamos, sino desde dónde y para qué.

Educar en la autenticidad es, entonces, una tarea urgente. Y no se trata de enseñar «valores» desde la autoridad, sino de fomentar prácticas que despierten el pensamiento crítico, el autorrespeto y el reconocimiento de la otredad. Como sostiene Martha Nussbaum (2010), formar ciudadanos no es transmitir información, sino cultivar la imaginación moral, esa capacidad de ponerse en el lugar del otro para construir juntos una vida más justa.

1. PhD. Editora revista Praxis. Docente e investigadora de la Universidad del Magdalena, Santa Marta, Colombia. Correo: mbolano@unimagdalena.edu.co - https://orcid.org/0000-0002-5514-2992

En esta edición, queremos reflexionar sobre el modo en que estamos habitando la vida. ¿Nos sentimos presentes o simplemente conectados? ¿Vivimos con sentido o sobrevivimos con ansiedad? ¿Qué espacio estamos dando a los sueños, a los silencios, al trabajo con propósito? La autenticidad, en este marco, se presenta como una práctica cotidiana que implica detenerse, nombrarse y reorientar el rumbo.

Porque también hemos aprendido —quizás a fuerza de pérdidas— que no basta con "ser productivos", que no somos solamente el resultado de nuestras tareas cumplidas o de nuestras certificaciones. Somos deseos, anhelos, historias, heridas y alegrías. Como afirma Viktor Frankl (1946), la vida tiene sentido en todas las circunstancias, incluso en el sufrimiento, si logramos conectar con un propósito que nos trascienda.

El propósito no se construye sobre el éxito, sino sobre la coherencia. Ser coherente con uno mismo en un mundo de máscaras es un acto de coraje. Y ese coraje no se improvisa: se cultiva. Se cultiva en la escucha, en el compromiso, en la búsqueda continua de sentido. Como diría Carl Jung (1953), «quien mira hacia afuera, sueña; quien mira hacia dentro, despierta».

Esta edición celebra a quienes aún creen en la profundidad. A quienes no han renunciado a la pregunta, al asombro, al trabajo con significado. A quienes entienden que la autenticidad no se hereda ni se impone, sino que se conquista a través de la fidelidad al propio camino.

También advertimos con preocupación la creciente desvalorización del otro. El insulto se ha normalizado. La burla se ha convertido en forma de entretenimiento. El juicio, en deporte. Y mientras más visibles nos volvemos, más frágil parece nuestra dignidad. Necesitamos una pedagogía del respeto, una ética del cuidado, una cultura que celebre la diferencia sin convertirla en amenaza. Como sostiene Emmanuel Levinas (1961), la presencia del otro no es un obstáculo, sino una posibilidad ética de transformación.

En este contexto, los sueños también han sido desplazados. Ya no se nos pregunta qué soñamos, sino qué plan de vida tenemos. Pero los sueños no caben en planes cerrados. Son más parecidos al viento que al mapa. Educar para soñar es educar para la libertad. Y no hay libertad posible sin deseo, sin imaginación, sin utopía. Como recuerda Eduardo Galeano (2007), «la utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve: para caminar».

Esta edición es también un acto de caminar. No hacia la perfección, sino hacia la verdad. Hacia la construcción de una humanidad más consciente, más compasiva, más honesta consigo misma. No hay desarrollo sostenible sin desarrollo del alma. No hay transformación social sin transformación personal. No hay pedagogía sin verdad.

Por eso, a quienes hoy nos leen, les decimos: abracen su voz. Háganse preguntas que no tengan respuesta inmediata. Permítanse la duda. Reconozcan su vulnerabilidad como fuente de fortaleza. Respeten su historia. Y trabajen por sus sueños como si de eso dependiera el alma del mundo. Porque, de hecho, depende.

Caminen sin prisa, pero con dirección. No sacrifiquen su ser en el altar de la aprobación. No cedan su autenticidad a cambio de popularidad. No renuncien al derecho de ser complejos, contradictorios, intensos, sensibles. Esa es la mayor riqueza: ser uno mismo. Como afirma Clarissa Pinkola Estés (1992), «la mujer que sigue siendo fiel a sí misma crea una corriente en el río de la vida que arrastra con ella a todos los que están cerca» (p. 102).

Y porque, a pesar de todo, la vida sigue siendo un acto sagrado. No por su perfección, sino por su

posibilidad. Porque cada día es una oportunidad para volver a empezar. Para reconstruir vínculos. Para imaginar otro mundo. Para ser raíz y no solo flor. Para crecer desde la profundidad y no solo hacia arriba.

Que esta editorial sea una siembra. Que estas palabras se queden latiendo en quien las lea, como una semilla dormida que despierta al calor de una pregunta verdadera. Que no se agoten en la lectura rápida ni se pierdan entre otras voces, sino que encuentren un resquicio en el alma, allí donde aún arde la posibilidad de ser genuinos. Que toquen lo íntimo, lo no dicho, lo que espera con paciencia ser reconocido. Porque cada uno carga su propio bosque interior: con raíces de infancia, con hojas de miedo, con ramas que buscan la luz. Y quizá —solo quizá— estas líneas logren ser lluvia o abono para ese terreno sagrado. Que cada uno, desde su lugar, pueda responder a la pregunta esencial: ¿estoy siendo fiel a mi verdad o solo sobrevivo entre espejos? ¿Estoy viviendo desde la autenticidad o actuando para una audiencia invisible que nunca se sacia?

Y si acaso la respuesta aún no es clara, que no haya culpa, sino conciencia. Que no haya prisa, sino decisión. Porque el camino hacia la autenticidad no se corre: se cultiva. Se camina con pasos de escucha, con silencios que sanan, con actos pequeños, pero coherentes. Cerrar esta editorial no es poner un punto final, sino abrir una puerta. Que salgamos por ella con la mirada más limpia, con el corazón más firme, con la voluntad de elegir lo real sobre lo aparente. Porque todavía hay tiempo. Porque siempre lo hay, cuando decidimos volver a nosotros. Que nuestras vidas no sean vitrinas, sino huertos. Que, en vez de solo existir, podamos florecer.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Byung-Chul Han. (2012). La sociedad del cansancio. Herder Editorial. https://www.herdereditorial.com/es/la-sociedad-del-cansancio

2. Estés, C. P. (1992). Mujeres que corren con los lobos: Mitos y cuentos del arquetipo de la mujer salvaje. Ediciones B. https://www.penguinlibros.com/co/literatura-contemporanea/132065

3. Frankl, V. E. (1946). El hombre en busca de sentido. Herder Editorial. https://www.herdereditorial.com/es/el-hombre-en-busca-de-sentido

4. Galeano, E. (2007). Espejos: Una historia casi universal. Siglo XXI Editores. https://www.sigloxxieditores.com.mx/libro/espejos_25411/

5. Jung, C. G. (1953). The undiscovered self. Princeton University Press.

6. Levinas, E. (1961). Totalidad e infinito. Editorial Sígueme.

7. Nussbaum, M. C. (2010). Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades. Katz Editores. https://www.katzeditores.com/catalogo/9788492946112/sin-fines-de-lucro

8. Turkle, S. (2017). Reclaiming conversation: The power of talk in a digital age. Penguin Books. https://www.penguinrandomhouse.com/books/2297